

BOLETIN DOMINICAL

CONSAGRADO A PROPAGAR LA SANTIFICACION DE LOS DIAS FESTIVOS

DIRECTOR

D. ZACARÍAS METOLA, CANÓNIGO LECTORAL.

Y acabó Dios su obra, y reposó el día séptimo. Y bendijo el día séptimo, y santificólo.

GEN. CAP. II VERS. 2 Y 3

Santificar las fiestas.

(Tercer mandamiento de la ley de Dios)

DOMINICA XIV DESPUES DE PENTECOSTES.

EL ecce homo quidam hydropicus erat ante illum. Et respondens Jesus dixit ad legisperitus et Phariseos: Si licet sabbato curare? At illi responderunt. Luc. XIV. vv. 2, 3, 4.

Nos refiere el santo evangelio que entrando Jesús un sábado en casa de uno de los principales fariseos con el fin de asistir á un convite, ellos, los fariseos, enemigos enconados de Jesús, le estaban acechando. Estos hombres hipócritas, soberbios, y mal intencionados miraban con ceño de envidia las virtudes, los prodigios, las bendiciones y el crédito que adquiria el Salvador, y por eso acechaban sus discursos, *ut eum caperem in sermone*, y espían sus acciones con el fin de acusarlo de trasgresor de la ley y enemigo de la patria. *Et ipsi observaban eum*. Pero el Salvador que leía en el corazón de aquellos hombres perversos, y penetraba

sus malos pensamientos, aprovechando la ocasión de hallarse allí presente un hombre hidrópico, dirige la palabra á los doctores de la ley, y les hace esta pregunta: ¿Es lícito curar en sábado? Ellos callaron. Entonces el Salvador tomó al hidrópico, lo sanó y despidió; y les dijo: ¿Quién de vosotros viendo un animal suyo, asno ó buey caído en la fosa no lo saca luego en día de sábado? A lo cual no podían replicar. Y observando también cómo los convidados elegían los primeros asientos en la mesa, les propuso una parábola, y dijo: Cuando fueres convidado á bodas no te sientes en el primer lugar; no sea que haya allí otro convidado más digno que tú, y viniendo el que los convidó, te diga: Cede á este el asiento, y entonces avergonzado tengas que sentarte en el último lugar. Cuando fueres llamado, ve, y siéntate en el último puesto, para que cuando venga el que te convidó, te diga: Amigo, sube mas arriba. Entonces serás honrado delante de los convidados: porque todo aquel que

tonces tomó el hidrópico, lo sanó y despidió. ¿Qué dirán ahora de Jesús? El hidrópico ha quedado sano de improviso. han desaparecido los humores, la inflamación, la sed abrasadora, la deformidad, las pesadumbres, y todo se ha hecho sin apósitos sin medicinas, sin los recursos de la ciencia, sin preparación de ninguna especie, sin punto de contacto ni de inteligencia con el doliente curado, siendo él en presencia de los fariseos que miraban á Cristo con ojos de envidia, *et ipsi observabant eum*, como un testigo irrecusable, como un predicador irreducible al silencio, de la virtud divina con que semejante suceso se había realizado.

Jesús ha sanado al hidrópico con solo su querer, Jesús es el autor de este hecho extraordinario y divino: Jesús; pues, debe ser creído, amado y adorado como Dios é hijo de Dios. El Evangelio refiere este milagro, entre los innumerables obrados por Jesús, probada está ante todos los criterios la autenticidad de los evangelios, luego la voz enérgica y la lengua eficaz de los milagros proclaman mejor que todos los discursos que Jesús es Dios, venido de Dios, encarnado en el seno purísimo de María para sanar las enfermedades humanas, «para enseñar la ciencia de la salud á su pueblo;» «y restaurar todas las cosas en los cielos y en la tierra.»

¿Y no há menester el mundo moderno recurrir humilde y suplicante al único médico que puede hacer el milagro de curar sus dolencias? ¿No va corroido de cáncer hediondo? No lleva en sus entrañas todos los caracteres de la mas lastimosa hidró-

pesia? Cuando penetró Jesucristo en casa del fariseo, hé aquí un hidrópico estaba delante de él. No dice el Evangelio que el doliente hablase, pero harto hablaban sus llagas, pidiendo á Jesús la medicina. Mil hidrópicos andan por el mundo, haciendo alarde de sus vicios y escandalizando con sus desórdenes. ¿Que veis en todas las clases sociales sino hidropesia de presuncion, hidropesia de avaricia, hidropesia de soberbia, hidropesia de goces, hidropesia de lujo y de vanidades, hidropesia de sensualidad, hidropesia de licencia y frenesi de las pasiones? Y cuanto mas se aumentan los goces y se multiplican los modos y medios de gozar, mas grande es el ansia y más ardiente la fé. ¿Quién sanará al mundo de este género de hidropesia? ¿De donde vendrá la redencion? Han aparecido mil y mil redentores y ninguno ha hecho el prodigio de sanar las dolencias del mundo antes bien las dolencias se han exarcebado y el enfermo esta agonizando. No há salud para el mundo sino en Jesucristo, donde se encuentra el manantial de la vida el origen de la salud y la esperanza de la resurreccion.

Acudid vosotros á las fuentes del Salvador y sacad de sus sacratísimas llagas las aguas de la redencion, que esas aguas bebidas con fé refrigeran los corazones y apagan el fuego de las concupiscencias que devora hasta los germenés del bien. Acudid á Jesucristo, que sabe curar y nos enseña el modo de recobrar la salud moral, quebrantada por los excesos ó perdida en las orgías del mundo. Nuestra enfermedad es la hidropesia de la ambicion, la hidropesia del

oro la hidropesía del placer, la hidropesía del lujo, la hidropesía de los bienes miserables de la tierra, con olvido de Dios, de la virtud, de la justicia y de la salvación. *Febris nostra libido est; febris nostra luxuria est.* El remedio es la doctrina de Cristo. Solo él tiene palabras de salud y máximas de vida eterna. Para todas las enfermedades hay en los tesoros de la sabiduría, medicinas eficaces, y las aplica con ternura y discreta urbanidad. No ocupeis, nos dice, en los convites los primeros asientos, no sea que venga otro más digno y os veais obligados á descender. Y con esto nos evita la vergüenza, la confusión, originadas por la vanagloria. Y con estas reglas de urbanidad y buena educación nos enseña á dirigir nuestra conducta delante de Dios y en presencia de los hombres. Sed modestos, humildes, prudentes, previsores y Dios premiará vuestra humildad, con nuevas gracias, y aun los hombres os tributarán honra y alabanza. *Amice, ascende superius.* Que es satisfactorio oír que se nos llama amigos, y muy honroso que merecemos más de lo que tenemos. Y no obstante, ¿qué hidropesía de ser y de tener! ¿Qué hidropesía de aspiraciones insensatas, temerarias, humillantes! ¿Cuánto anhelar sin reparar en los medios! ¿Servirá la mentira, serán útiles la intriga, la suptación, la calumnia, las amenazas, la seducción, el oro y las perfidias? ¿Son obstáculo la ley de Dios, la dignidad de la conciencia, los fueros de la virtud y los derechos del prójimo? Pues nada respetan estos hidrópitos de ambición, de honras y provechos. Dispuestos se hallan á

adorar á Satanás con tal que les dé lo que busca su loca ambición y descubre el ojo inquieto de su codicia. ¿Y no ha de haber castigo para tamaños desórdenes? ¡Ah! Dios es justo, y sus juicios son la misma rectitud. Oíd cómo concluye el texto que estamos exponiendo: Todo el que se humilla será ensalzado, y humillado todo el que se ensalza. Yo no diré que esta sentencia divina tiene cabal cumplimiento en esta vida, pero puedo asegurar que muchas veces se cumple, y que no deja de cumplirse en la otra. Direis que prosperan los malos, que son felices los soberbios, que gozan los impíos, los viciosos, los que viven sin Dios y sin conciencia mientras los buenos se ven perseguidos por la desgracia y probados en el fuego de la tribulación. *Responderé que eso sucede muchas veces, más no siempre. Yo he visto muchas veces la abundancia, la honra y las prosperidades en la casa del virtuoso, al paso que reinaba la desolación en el hogar del impío, del agresor, injusto, del blasfemo, del impuro y del traidor. Yo he visto al soberbio ensalzado como el cédro del libano, pasé á contemplar de nuevo su grandeza y su gloria, y de víen la humillación y en la indigencia. Si; hay también en esta vida ejemplares de castigos que parecen fulminantes contra los malos, y vemos con frecuencia expiaciones del crimen, cumplimiento unas y veces inmediato á la comisión de la maldad, otras más lento, pero cumplimiento de la sentencia divina según la cual el impío se ve confundido y glorificado el justo. Si hay desigualdades, al parecer irritan-*

tes; si con frecuencia la virtud se ve abatida y el pecado enaltecido, eso prueba que hay otra vida, otra justicia, un tribunal que dará á cada uno su merecido, que ensalzará á los que sufrieron humillacion en esta vida y humillará á los que fueron ensalzados en la vida presente. ¡Ah! si todo acabase con la muerte, si la tierra que es patria de un dia aniquilase para siempre nuestra mísera existencia; si no hubiese otra vida en la cual serán castigados todos los vicios y recompensadas todas las virtudes, galardonadas las buenas obras y condenadas las iniquidades, condenados á eterna expiacion todos los desórdenes y laureados con gloria inmarcesible todos los merecimientos, convengo en que Dios se habria engañado, en que las prosperidades del malo y los sufrimientos del bueno serian inconciliables con la idea de la justicia de Dios; convengo en que seria preferible cantar con los impíos: corta es la vida y breve el gozar. Bebamos hasta las becas de la copa del placer; coronémonos de rosas antes que se marchiten; y saciemos nuestro apetito en los prados de la sensualidad porque mañana moriremos. Pero no es así por dicha nuestra; Jesucristo lo ha dicho y su palabra es eterna. Los buenos, los humildes, los limpios de corazón, los que sufren por amor de Dios, serán ensalzados en el reino de su gloria y vendrá humillacion final é irreparable sobre los impuros, sobre los injustos, sobre los soberbios, sobre la turba de pecadores que viven como si no hubiese justicia en el cielo. Sed vosotros humildes, modestos, limpios en vuestras acciones; agradece-

do á los beneficios de Dios; fuertes en la prueba; sufridos en los trabajos de esta vida; y seréis gloriosamente ensalzados en el reino de la inmortalidad. Amen.

LA PRIMERA MISA.

En Andalucía son muy frecuentes por el verano esas repentinas tormentas que duran en aquel alegre cielo lo que un gesto de cólera en el rostro de un niño, y lo mismo que pasado su arrebató deja ver éste entre sus lágrimas una sonrisa, sucede allí que llorando aun las nubes por un lado, aparece por el otro un alegre rayo de sol y un brillante arco de iris.

Entonces dice el pueblo andaluz, que sabe todas estas cosas de muy buena tinta, que el diablo riñe con su suegra.

Una de estas tormentas, que no por ser cortas dejan de ser terribles, cómo lo es en la vida todo lo que saliendo de los límites de lo natural, entra en el dominio de lo apasionado, descargó en Zúvila la noche del 15 de Julio, vispera de la Virgen del Carmen, patrona del hospital del pueblo.

La lluvia habia apagado las luminarias que andian en la torre de la iglesia, y puesto lácias las bandéras y gallardetes que le adornaban; pero no eran bastantes los esfuerzos de la tempestad para imponer silencio á las campanas de la torre, que al mismo tiempo que la fiesta de la patrona anunciaban para el siguiente dia una primera Misa. Al intervenirlos dejaba de bramar el huracan como cansa-

do, y cesaban los truenos al separarse las nubes, cual gladiadores que se apartan, recobran nuevas fuerzas, y de nuevo sea cometen se asen, se estrechan y se despedazan, oíanse entonces las campanas de la iglesia, que dominando al uno y despreciando á los otros, seguían perennes, como el que la verdad inspira y la razon le asiste, diciendo alegres á los vecinos.—¡Aleluya! ¡Aleluya!

En medio de los barrancos que las calles del barrio alto forman, es donde se encuentra el hospital del Cármen. Como si desdeñase grandezas vuelve la espalda á un castillo que fué morada de grandes de España, y abre en una plaza, que forman humildes casas de pobres, su gran puerta coronada por este profundo letrero: *Abierta para la salud temporal de los pobres y para la salud eterna de los ricos.* Pegada á sus muros, como el nido de una golondrina, se encuentra una pequeña casa que la cal blanquea, perfuma una mata de reseda pendiente del tejado, y santifica una rama de laurel bendito prendida en el balcon con dos lazos azules.

Allí vivía D. Blas, el capellan, con su hermana Mariquita y Pepito su sobrino.

En la noche á que nos referimos brillaba la humilde casa de limpia, y notábase en ella ese orden, ese primor con que una persona amante prepara todo cuanto ha de servir y agradar á otra persona amada á quien espera. Esperábase, en efecto, á Pepito, el sobrino querido que habia crecido á la sombra de aquellos dos ancianos, como crece un alegre rosal

á la sombra de dos graves cipreses; el huérfano abandonado, á quien la caridad de sus tíos habia recogido niño inocente, formado jóven intachable, y hecho al fin sacerdote modelo. Pepito, como le llanaban ambos ancianos, acababa de recibir en Cádiz las sagradas órdenes, y venia á celebrar su primera misa, en la Iglesia del Cármen de que era capellan su tío.

Era éste un pobre exclaustro de la orden de San Francisco, hombre sencillo, de esos á quienes el mundo llama *almas de Dios* con cierta mezcla de compasion y desprecio, y que son, en efecto, *almas purísimas* que Dios acepta por suyas. Treinta años hacia que desempeñaba su modesto y difícil cargo, con ese celo hijo de la caridad, con esa constancia, complemento de toda virtud, con esa callada abnegacion que tan pocos comprenden, y que es el rasgo característico del sábio, del santo, del mártir y calumniado clero español.

No era, sin embargo, D. Blas hombre de muchas letras; jamás habia entendido mas latin que el de su misal, ni mas rezos que los de su orden; pero ¡qué paz la de su alma! ¡qué tranquilidad la de su concienal! ¡qué igualdad la de su carácter, que nada alteraba! ¡qué bienestar el de su corazon, que como el de su Padre San Francisco, á quien invocaba á todas horas, ardía en esas llamas de caridad inmensa, que no encuentra pena sin consuelo, ni desgracia sin remedio, y que cual el pelicano, es capaz de abrirse el pecho y dar su propia sangre, cuando ya nada tiene que dar!

¡Qué sublime y qué al alcance de

todos era la filosofía de aquel pobre anciano, que solo supo amar á Dios y al prójimo, y sintelizar la Religión cuyo ministro era, invocando á Dios con estas dos solas palabras: *Padre nuestro!*

Y si bien había muchos que se reían del pobre exclaustro, nadie había que no le amase y le respetase; porque poseía esa *humilde superioridad* de la virtud, que se persuade y suavemente se filtra en la opinión sin ajar á ninguno, y no la altiva superioridad del talento, que se impone con orgullo, y al humillar á los otros hacen nacer la envidia.

Don Blas había vivido varios años solo; pero un día vió entrar por sus puertas á una pobre mujer que traía en brazos un niño de pocos años, cuya preciosa carita sonreía engarzada en su gorrito de luto, como sonreía la inocencia á la desgracia que desconoce. Aquella mujer era doña Mariquita, la hermana del capellan, y aquel niño era hijo de otra hermana menor de ambos, que acababa de morir, y cuyo marido había desaparecido. D. Blas abrió sus brazos, su corazón y su exigua bolsa á la hermana y al huérfano que le pedían amparo, y á la sombra de su pobre sotana comenzaron á deslizarse aquellas dos existencias; con la suave tranquilidad de la tarde que declina, la de la Hermana; con la bulliciosa alegría de la aurora que amanece, la del niño.

Había sin embargo en aquella pobre morada un extraño misterio que paralizaba á veces la risa continua de D. Blas, y hacía enmudecer á intervalos los regaños continuos de doña Margarita. Una mañana había recibido ésta una carta de Ceuta, dirigida

á su antiguo domicilio, cuyo sobre atestiguaba con diversos sellos los muchos parajes que había recorrido, hasta llegar á su destino: encerráronse ambos hermanos para leerla en el despacho del capellan, y permanecieron allí tres horas cumplidas. Don Blas salió pálido, y no rió en más de ocho días; doña Mariquita tenía los ojos rojos é hinchados, cesó de regañar durante toda aquella semana.

Desde entonces preparaba doña Mariquita todos los años, cuando se acercaba la Pascua florida, algunas ropas de hombre, de tela grosera; rompía una alcancía en que había ido reuniendo á costa de mil privaciones algunos ahorros; compraba varios atados de cigarrillos del estanco, y lo colocaba todo en un paquete que entregaba á su hermano; éste subía entonces en una calesa, y tomaba la carretera de Cádiz, durando siempre su ausencia de seis á ocho días. Nadie supo sin embargo nunca á donde iba, ni cual era el objeto de su viaje.

—¿Pero, á dónde vá el tío? preguntaba Pepito á doña Mariquita con su curiosidad natural de niño.

Esta le miraba entonces con una expresión indecible de amor y de ternura, y respondía con su natural acritud.

—¡A contar los frailes, que dicen que falta uno!

Una vez hizo Pepito la misma pregunta á su tío: fijó éste en el niño una mirada en que se hermanaban el horror, la angustia y la ternura, y le respondió al fin con una severidad en él inusitada:

—*El niño curioso y necio,
Causa fastidio y desprecio.*

Pepito se agarró asustado á las

enaguas de su tía; y jamás volvió á preguntar nada acerca de aquel viaje misterioso.

—D.ª Mariquita esperaba siempre ansiosa la vuelta de su hermano; salía á recibirle á la puerta misma de la calle, y le interrogaba con la vista.

—Nada! nada! respondía D. Blas desalentado; más duro que una roca!... más enteró que los muros de Ceuta!

D.ª Mariquita se echaba á llorar, y ambos hermanos permanecían por algunos días sin reír el uno y sin regañar la otra.

Poco á poco el pobre huérfano fué haciéndose hombre sin dejar de ser ángel, y obtuvo en el seminario de Cádiz una beca de gracia por intercesión de su tío. Allí dió muestras de un talento poco comun, de una aplicacion extraordinaria, y de una ejemplar conducta.

(Se continuará.)

LUIS COLOMA, S. J. (Mensajero del Corazón de Jesús.)

VARIEDADES.

Leemos en *La Semaine de Limoges*:

«No lejos de la Saleia, donde nadie se atreverá á desmentirnos, pasó una repugnante escena entre las sombras de la noche. X... regresaba de la taberna exaltado por las impiedades que acaba de escuchar y proferir, rociadas con las libaciones que son de rúbrica.»

«Al contemplar un crucifijo pendiente junto al lecho conyugal, se puso á blasfemar contra la imagen con toda la rabia que puede dictar el infierno. Fué esto bastante. No! Ah? repuso, tú no contestas?... Es que no ves que hablo contigo...

»aguarda voy á alumbrarte; y el »malvado reunió delante del crucifijo cuantás luces tuvo á mano.—El »Cristo seguía mudo.—Furioso, cada vez mas X; se armó de un cuchillo »y uniendo la accion á las palabras...

«Ah! dijo; tus ojos no te sirven para nada? Pues bien; voy á librarte de ellos; y con feroz enseñamiento »arrancó los ojos del crucifijo...

»Al dia siguiente, un dolor agudísimo comenzó á invadir los ojos del »desdichado; se llamó al médico y »luego se le condujo al Hotel-Dieu de

»Lion. La madre, que llora todavía »no habia de conservarle junto á sí.

»X volvió de Lyon completamente »ciego; y en la actualidad mendiga »de puerta en puerta el sustento que »ganaba con holgura antes que de-

»clarar la guerra á Jesucristo.»

Una hermana de San Vicente de Paul, sor. Frene, ayudada de otra francesa, la señora Trébaud, ha fundado en New-York dos hospicios y un asilo para los niños abandonados.

En el asilo hay diez mil niños, y mil setecientos son alimentados fuera de los asilos. Se reciben en el torno unos cincuenta niños al dia, y en el mes de Marzo se pagaron diez mil duros por salarios á las nodrizas.

Esta milagrosa fundacion se debe á la caridad cristiana. Los primeros diez mil duros, que los esfuerzos incesantes de las santas mujeres han multiplicado de un modo prodigioso, fueron recogidos trabajosamente cuarto á cuarto.

Y sin embargo, árbol que dá tales frutos, aun quieren arrancarlo los que se llaman amigos del pueblo.

Imp. de LA FIDELIDAD CASTEJANA.